

LETRAS VIVAS

Revista de Literatura, Arte y Pensamiento de alta velocidad

Editor: Alberto Martínez-Márquez

0



Nueva época, número 20
enero-diciembre 2016
(número doble)

MELISSA FIGUEROA

MANIVELA

Mi padre me había advertido sobre los peligros que asechan al que se pierde entre la multitud. No es que se deba esperar lo peor o que haya mala gente en Yabucoa. Después de todo, un pueblo que está vigilado por los Santos Ángeles Custodios no puede tener maldad. Sin embargo, hay rumores de que en las fiestas patronales ponen jeringuillas en las latas de Coca-Cola y los haitianos que vienen a vender tortugas de madera te llevan con ellos. Nunca se sabe quién anda en asecho y quiere aprovecharse de los espacios desolados del pueblo.

Las advertencias siempre eran el prelude al ritual paterno de plantarse frente a la pica de la esquina con la pose erguida y sólida de los flamboyanes. La meta era conseguir una buena posición que le permitiera adivinar los secretos de la manivela y esto sólo se consigue con colocar los pies firmemente sobre la tierra en caso de que sea necesario repartir porrazos o hacerse espacio entre los otros contrincantes. No, no es fácil descifrar el truco del hombre mientras gira la palanca que hace correr exactamente veinticuatro

caballitos de caoba. Con la rotación de la barra, se inicia una carrera de JINETES rígidos tallados a mano que se mueven sin cambiar de posición ni verse afectados por los azotes del viento. Se podría decir que es un arte comenzar una estampida que recrea la perfección del círculo.

Mi padre quería asegurarse una victoria y, por eso, siempre ponía un dólar entre cuatro números. No era mucho lo que ganaba, pero rara vez perdía. Su cuarteto favorito era el 19-20-23-24. Quizás, alguna fecha especial se escondía en esa selección. Eso sí, no era ni el día de su boda ni el cumpleaños de ninguno de sus seis hijos. Ahora, mientras sacudo el polvo del lado derecho de mi falda de tabletas, me llega nuevamente el ruido de los caballitos que empiezan a moverse y el trueno de las piezas de dominó que se colocan sobre la mesa para que la brisa no se lleve el dinero. No puedo entender cómo las apuestas se multiplican mientras el piquero, que no pone un centavo, se mete al bolsillo toda la plata. De seguro, tendrá el sueldo de toda una semana cuando la última canción de Giselle

llegue a su fin y los negocios de frituras empiecen a cerrar.

El trance provocado por las vueltas de la máquina de caballitos ayuda a no prestar atención a lo que pasa alrededor. Desde que las piececitas se ponen en movimiento hasta que se detienen entre las líneas entrecortadas, los tahúres padecen de una histeria colectiva. Para ellos, el mundo comienza con la posibilidad de una apuesta. Cuando era niña, pensaba que la pica era un talismán gigantesco que hipnotizaba a los mayores y los obligaba a congregarse como si contemplaran un ídolo azteca. ¿Cómo entender los gritos y las maldiciones tras las vueltas repetitivas de los pequeños corceles? ¿Cómo lidiar con los ruidos desmedidos para apoyar a potros desbocados hacia el mismo lugar? ¿Cómo oponerse a las discusiones ásperas sobre palafrenes que no se enteran que corren por dinero? Por eso, creo que mi padre nunca se dará cuenta de lo sucedido y, de alguna manera, es mejor que nadie lo sepa.

Mientras sacudo el polvo del lado izquierdo, me asalta el recuerdo del momento en que lo conocí. En Yabucoa, todo el mundo se conoce. Al parecer, forman parte de esa gran familia que mamó la misma fórmula en las latitas de leche WIC o en los quesos de cabra. Vas a la Plaza del Mercado y reconocen una mancha ancestral en la frente que delata tu linaje. Vas a la Mueblerías Berríos y reconocen la cadena de apellidos que debes aprender desde la

infancia. Vas al Parque de pelota y reconocen las relaciones filiales que aún no has tenido la oportunidad de conocer. Otras veces te preguntan si tu madre recibió los cupones o si tu padre piensa solicitar el seguro social. ¿Cómo no ser dulce en la ciudad azucarera y saborear la golosina del chisme pueblerino? El chico estaba en una esquina de la escuela superior con la mirada perdida y el cuerpo impecable. Tomaba un refresco mientras sus amigos se burlaban de Héctor. ¡Pobre Héctor! Era un secreto a voces que le gustaban las canciones de Leonardo Paniagua y ese día se había gastado los ahorros de la semana comprando el CD en Casa de Discos Roldán. Una cosa es que a uno le guste este tipo de música, pero otra es que uno compre el disco durante un día de clases. Lo cierto es que Raúl no se burló mezquinamente de Héctor como los demás y eso me hizo fijarme en él. Desde entonces, solíamos saludarnos con la mirada. Definitivamente, no hay mejor manera que hacerse notar que ir a contracorriente.

El espectáculo estaba por comenzar. Cuando me aseguré de que mi padre tenía la mirada fija en la manivela, decidí encontrarme con Sandra. Fue ella quien me sugirió usar la falda de tabletas y lanzarme a la conquista de Raúl en una noche de fiestas patronales. Nos conocemos desde el séptimo grado. Para entonces, ella andaba enamorada de

Carmelo, un chico de cuerpo espigado y cabellos amarillos. Un rubio en Yabucoa es un espécimen raro, una presencia insólita, una imagen inusitada. Nuestra amistad nació de su tristeza por ese rubio que no se animaba a corresponderle. Desde que me la encontré llorando en el baño de la escuela por ese amor imposible, hicimos el pacto de compartir nuestros más íntimos secretos. Hasta hace poco, acostubrábamos a andar entre carritos de pinchos y algodones de azúcar hasta terminar frente a la Concha Acústica. Para alargar la espera de Giselle, Pedro Conga estaba listo para entretener a la multitud. No tengo nada en contra de él, pero no me gusta la salsa. Confieso que disfruto más el merengue, esa mezcla de ruidos rápidos que propicia el descontrol. Al menos, Pedro Conga viene a las fiestas patronales todos los años y nunca le ha pedido un centavo al municipio. Yabucoa es un pueblo que funciona porque todo se hace gratis. ¿Cómo es que Angelo dirige el tránsito y mantiene el orden? Trabaja gratis. ¿Cómo es que el loco West aparece en todos los velorios? Reza gratis. ¿Cómo es que el enanito Holsum va de gira por los supermercados? Viaja gratis.

Allí, frente a la Concha Acústica, bajo el sonido de Pedro Conga, Raúl se unió a nosotras. Llevaba meses tratando de que se fijara en mí. ¿Cómo hacer que me mirara con el deseo que sentía por

él? ¿Cómo hacer que se enamorara con la misma desesperación? ¿Cómo hacer para que se le inflamara las venas como las mías al recordar el día que Héctor compró el disco de Leonardito? Confieso que cuando nadie estaba en la casa aprovechaba para explorarme en su nombre. Ahora, que sacudo el polvo que también se ha acumulado en las rodillas, comprendo lo monstruoso de mi sueño. No debí estar allí a esas horas. Ahora entiendo por qué una chica de mi edad no debe andar con ropa provocativa y, mucho menos, salir sola por la noche. Ya tendré que inventar una excusa para explicar las malas condiciones de la falda. Escucho voces a lo lejos—se la comieron; se lo buscó; se jodió— que me recriminan lo que aún no logro asimilar. Y es que me quedo con la incertidumbre de saber si lo sucedido hubiera podido ser de otra manera. ¡Cuánta ansiedad crece con el universo de posibilidades que no se cumplieron!

Una no piensa en la mala combinación de polvo, moco y saliva hasta que se escapan por boca y nariz arrastrando pajitas, hojas secas y montoncitos de tierra. Si uno quiere liberarse de la mucosidad, es necesario limpiar ese espacio inservible que dista entre las fosas nasales y el labio superior. Para remover el polvo, hay que dar varios golpes de un lado para el otro replicando los porrazos recibidos. Jamás se me hubiera ocurrido pensar en la mezcla de estas sustancias

corporales cuando Raúl me pidió que lo acompañara a caminar. Al contrario, me pareció la ocasión perfecta. Sandra se quedaría compartiendo con otros chicos mientras yo iría a disfrutar de los espacios desolados del pueblo. Para entonces, Pedro Conga había dejado de cantar.

Raúl me tomó de la mano. Y, mientras yo ardía como ramita veraniega, comenzó a hablarme:

— Siempre pensé que eras una comemierda. Eres muy bonita, ¿sabes?

— ¿Comemierda? ¿Yo? No, es que soy un poco tímida. No me atrevo a hablar con todo el mundo. Pensaba que no sabías quién era.

— ¿Cómo no saberlo? Todo el mundo lo sabe. Eres la chica más bonita de la escuela. Tú eres diferente.

— ¿De verdad? ¿Pensaba que te gustaba la hija del profesor de inglés?

— Esa bicha. No, esa tipa es fácil. Se ha tira'ó a cuanto macho ha conocido. Debe tenerla más grande que el pito de la Central Roig. Yo no salgo con flejes.

— Ah.

— Hay demasiada gente y no te puedo escuchar bien. Vamos a buscar un lugar tranquilo.

— Dale. Yo te sigo.

Raúl es un chico muy seguro de sí mismo y, por eso, me encanta. Una vez llegó a la escuela en *four track* y lo estacionó frente a la tiendita. No pidió permiso. Se bajó

con la libreta *Jean Book* de tres divisiones y comenzó a andar como si dejara el vehículo en la marquesina de su casa. No parecía importarle que fuera ilegal hacer esas cosas. Cuando tirotearon la escuela, él fue el único que no salió corriendo. Para sorpresa de todos, caminó en dirección a donde salían los disparos. Pensé que lo iban a matar. Uno de los gatilleros pareció conocerlo y, desde el carro en movimiento, le gritó: "Deja que te coja solo, hijo de puta." Raúl respondió con una sonrisa. Sus labios dibujaron la forma exacta de una medialuna que amenaza con caerse del cielo. Todo pasó tan rápido que lo único que recuerdo de ese día es el asombro de Sandra ante un chico tan valiente. Creo que ese mismo día le confesé a Sandra mi pasión desbocada por Raúl y, por supuesto, sabía muy bien que ella entendería mi fijación por ese chico. Ahora más que nunca, entiendo la fuerza de sus brazos y la velocidad de sus movimientos. Se me antoja que son potencias dormidas a la espera del movimiento de una manivela como los caballitos de la pica.

Caminamos por un rato. Para entonces, la música de Giselle había empezado a sonar. ¡No me importó perdérmela! Yo sé que Olga Tañón tiene más elegancia y que Jailene Cintrón tiene más simpatía. Pero, la verdad, es que ninguna merenguera supera a Giselle en la tarima de una fiesta patronal. Cuando esa mujer se

tropa en tarima, con su traje de volantes amarillo y su pelo corto, el pueblo tiembla. Giselle provoca la misma euforia que antes provocaba Wilkins al desabotonarse la camisa. Cuando él mostraba su pecho para proclamar las cosas que haría si fuera mujer, todas las señoras parecían enloquecerse con el mismo efecto hipnótico que provocaban las picas. Mi madre era su más ferviente admiradora. No debe sorprender que una vez haya alquilado una guagua *pisa y corre* para ir hasta las patronales de Patillas con un par de vecinas para verlo. Creo que eran las mismas mujeres que acostumbran a hacer demostraciones de *tupperware* los sábados por la tarde. Con pena, confieso que Wilkins es el único artista que ha logrado darme una idea de los deseos indecorosos de mi madre. En cambio, Giselle no ha podido apartar a mi padre del mundo impenetrable de los caballitos tallados.

No nos fue difícil encontrar un sitio desolado. En Yabucoa, existen muchas casas abandonadas que parecen estar matemáticamente distribuidas por diferentes calles. Yo creía reivindicar la mala fama de las casas abandonadas convirtiendo ese espacio en un sitio para el encuentro inocente de dos almas. Raúl acariciando mis mejillas con ternura. Raúl mirando mi pecho con deseo. Raúl apretando mi mano con la seguridad del amante que no quiere irse. Teníamos todo el tiempo del mundo. Al menos, el tiempo que

dura celebrar al patrón y Yabucoa no es un pueblo que se conforme con tener un solo santo. Aunque no seamos precavidos en muchas cosas, nos tomamos en serio esto de cuidar a nuestros protectores y estamos orgullosos de una santidad por partida doble. ¿Qué tal si se secuestran a uno de los Santos Ángeles Custodios en la Playa Lucía? ¿Qué tal si le pegan un tiro al otro por andar en malos pasos? ¿Qué tal si uno de ellos se niega a seguir posando en el escudo? Los Santos Ángeles Custodios, con bocas cerradas y alas recogidas, no pueden llegar a esos espacios desolados que el progreso hace ver como escombros. Igual que yo, sus manos agarrando los pliegos de la ropa sugieren una incitación a la deshonra.

Mientras el amor comenzaba a materializarse, mi mente era invadida por imágenes de las fiestas...algodones rositas, baños portátiles, bocinas gigantescas, cables larguísimos, carritos de venta, anuncios grandes, vasos regados por el suelo, palafrenes de cedro girando con rapidez...Se me ocurre que el amor es un vértigo que evoca la emoción de montarse en una machina: las ansias de lanzarse a la aventura, el reto contra rumbo del aire, la sensación rara de que el final llega más rápido de lo que esperábamos. Y, nos quedamos siempre con la misma expresión de un niño que se sabe engañado. Solo entonces comprendí la advertencia

sobre los peligros que asechan al que se pierde entre la multitud.

Las manos de Raúl rompieron la línea divisoria entre el sueño y la pesadilla. Empezó a tocarme entre los muslos y no tuvo reparos en presionar. Le dije que me dolía. Se detuvo por un momento mientras me decía al oído "Te gusta, ¿verdad? No lo puedes negar". Sus dedos iban tanteándome firmemente. Sentí un placer extraño que no podía compararse con las sensaciones de mis noches de desvelo en exploración. Cuando uno de sus dedos me penetró con todas las fuerzas hasta desgarrarme, supe que no era el modo en que quería que Raúl me hiciera suya. Me moví un poco para no sentir la punzada que hacía arder mi centro. Le supliqué que me dejara quieta, pero parecía que mis quejas y la humedad de mi

vientre lo incitaban más. Ya era tarde para dar marcha atrás. Raúl se puso detrás de mí y, con fuerza, me hizo doblarme para colocar el miembro que salía de su cremallera en mi cuerpo. Sin abandonar su movimiento repetitivo, intentó acallar mis gritos con una de sus manos. Por primera vez, experimenté la euforia de los apostadores, el paso rígido de los caballos que se mueven en el mismo lugar, el ruido de las piezas de dominó que opacan el sonido de la música. Se fue deteniendo lentamente y, luego, sin mirarme, se subió la cremallera. Empezó a caminar hacia la multitud que se oía a la distancia. De seguro, se mezcló con los que ponen jeringuillas en las latas de Coca-Cola y los haitianos que vienen a vender tortugas de madera.



Melissa Figueroa enseña cursos de lengua y literatura española en la Universidad de Ohio. Posee un doctorado y una maestría de la Universidad de Cornell. Además, posee una maestría y un bachillerato de la Universidad de Puerto Rico. Su cuento "Manivela" forma parte de una colección de cuentos que evocan tradiciones puertorriqueñas desde la monstruosidad.